

muy profunda que iba estrechándose y que debía terminar en alguna madriguera de zorro. Para realizar la hazaña habían ido cuatro: Baille había llevado á su hermano menor. Al caer la tarde tuvieron cuidado de preparar en el fondo de la gruta un lecho perfumado, aunque no muy blando, de tomillo y de espliego. Pronto llega la noche, se instalan los cuatro y se tienden sobre sus gabanes, tratando de conciliar el sueño. Pero el tiempo se pone malo. Sopla un gran viento por las hendiduras de las rocas. Se encuentran á disgusto en la gruta. Al resplandor de la luna ven grandes murciélagos que giran por encima de ellos. Al fin renuncian á su hermoso proyecto, y á las dos de la madrugada emprenden el camino de la ciudad. Pero antes prenden fuego al tomillo y al espliego para proporcionarse un espectáculo romántico. Los murciélagos, asustados, huyen lanzando maullidos de brujas shakespearianas.

Aquella vida placentera y sin cuidados cesó un día de repente. A principios de 1857 había sido preciso abandonar la casa de la calle de los Mínimos por ser demasiado cara, y se habían trasladado á la calle Mazarino. Esta fué la última habitación de la familia Zola en Aix, la más pobre, compuesta únicamente de dos piezas, recayentes sobre una especie de callejuela que daba la vuelta á la ciudad: casas raquíticas á un lado, y á otro el muro en ruinas de la muralla. La abuela Aubert murió en aquella vivienda en Noviembre de 1857. Había llegado la miseria. Todo el mobiliario perdido, llenos de deudas y los pleitos interrumpidos por falta de dinero para los curiales: tal era la

situación. Hacia fines de año, Emilio Zola acababa de entrar en segundo, cuando su madre partió sola para París. Iba allí á jugarse la última carta, á solicitar para sus pleitos el apoyo de los antiguos protectores de su marido.

De pronto, en Febrero de 1858, el hijo recibe una carta de su madre llamándolo. «No nos es posible vivir en Aix. Realiza los cuatro muebles que nos quedan. Con el dinero que recojas tendrás lo bastante para adquirir dos billetes de tercera para ti y tú abuelo. Date prisa. Te espero.»

Después de una gran excursión de despedida al Tholonet y á la «Barrera», Zola dijo adiós una tarde á Cézanne y á Baille. «Ya nos encontraremos en París.» Y ligero de dinero y de equipaje, con un porvenir incierto y el corazón entristecido al abandonar quizás para siempre á su querida Provenza, aquel distrito de Aix, cuyos menores rincones conocía perfectamente, y de los cuales conserva todavía como un olor de frescura y una embriaguez de la adolescencia al aire libre, emprende su viaje á la gran ciudad.

III

Fin de los estudios en París

Una tarde de Febrero de 1858, Emilio Zola, de dieciocho años menos algunas semanas, llega

á Paris, donde había residido dos veces durante su primera infancia: la primera á los seis años, la segunda á los once.

Después de los primeros transportes cariñosos de la llegada, una vez en el ómnibus que ha de conducir á la calle de Monsieur-le-Prince, núm. 63, á la madre, al hijo y al abuelo, con su escaso equipaje—todo lo que les queda de lo que han poseído en Provenza—Emilio se inclina al oído de su madre, preguntándole:

—¿Qué vamos á hacer?

—Continuarás aquí tus estudios. He ido á ver á M. Labot y me ha prometido ocuparse de tí.

Antiguo amigo de Francisco Zola, M. Labot, abogado en el consejo de Estado, recomendó al hijo á M. Desiré Nisard, director de la Escuela normal y antiguo condiscípulo. Gracias á esta alta recomendación universitaria, Emilio obtuvo en seguida una «beca» en el liceo San Luis. Allí continuó su *segundo* de la sección de ciencias (1858), y allí estudió igualmente la retórica (1858-1859).

Helo, pues, en un liceo de Paris, después de haber estado en el colegio de Aix. Experimentó allí los primeros días (me lo ha contado después) una estupefacción profunda. En lugar de las naturalezas provenzales, de aquellos pilluelos turbulentos, ignorantes y groseros, que eran sus condiscípulos en el Mediodía, encontraba jóvenes procazes, no mejores que aquellos, pero más serios, con una máscara de fina ironía, al corriente de todo y ocupados en leer los periódicos y en soñar con los encantos de la actriz en boga. De más edad que la mayor parte de sus nuevos condisci-

pulos, sentíase, sin embargo, inferior á ellos y presa de extraordinaria timidez. Prodújose entonces una cosa bastanté curiosa. En Aix los bufones del colegio se habían burlado de él en otro tiempo por su acento del Norte, llamándole «*franciot*» y «*parisién*»; ahora, en Paris, los del liceo le encontraban cierto acento del Mediodía y le llamaban «*marsellés*.» En fin, más que nunca, se sentía pobre.

No contrajo nuevas amistades. Vivió en el liceo San Luis, sombrío y encerrado en sí mismo, echando de menos la Provenza y su infancia libre, y pensando á cada instante en sus antiguos amigos. «¡Ah, si Baille estuviese aquí! ¡Si pudiese hablar de esto con Cézanne!» Además, no trabajaba. Ni deberes, ni lecciones, nada; ¡un desaplicado! El, siempre el primero en el colegio de Aix, apenas se dignaba ahora mirar los libros, y en una clase, ciertamente muy numerosa, ocupaba ahora el décimoquinto ó vigésimo lugar. Sólo mostraba aplicación en la narración francesa. Allí era el segundo ó el primero.

Un día el asunto de la narración dada era este: *Milton, ciego, dictando á su hija mayor, mientras que su segunda hija toca el arpa*. Ignoro qué *fioritures* de estilo haría el joven alumno sobre este tema académico. Pero el profesor M. Levasseur, hoy miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas, quedó tan encantado, que leyó la narración delante de toda la clase y predijo solemnemente al discípulo Zola un talento futuro.

Si el alumno Zola no «se aplicaba» más que

en narración francesa, en cambio leía mucho. En aquellas clases de los liceos de París, en que cada profesor explica su curso á unos cincuenta discípulos escalonados en gradas de anfiteatro, la atención y la asiduidad son, necesariamente, facultativas. Escucha al profesor y sigue la clase quien quiere. ¡El escuchaba á Hugo, Musset, Rabelais y Montaigne! Aquellos profesores extra-universitarios le enseñaban en aquel tiempo á amar dos cosas: primero la poesía romántica, flor de juventud y de fantasía, brillante y loca; después la bella prosa francesa, llena de nitidez y de lógica. Pero sus gustos literarios contribuían á alejarle de los ejercicios clásicos. Pasaba la mayor parte de los estudios en escribir á sus amigos de Provenza cartas interminables. A pesar de lo fino del papel, eran menester dos ó tres sellos para franquearlas. Y en sus voluminosas confidencias, Zola, que padecía una especie de nostalgia del terruño, hablaba á Cézanne y á Baille del tedio de la vida en el liceo, de la incertidumbre de su porvenir, de sus lecturas y de sus primeros ensayos literarios. Había de todo en aquellas cartas: prosa y versos, ¡grandes tiradas de versos románticos! ¡Lágrimas escondidas y proyectos soberbios! ¡Niñerías y destellos de talento! Y, sobre todo, ardientes discusiones filosóficas, morales y estéticas, eco de las sostenidas en los largos paseos por los tres amigos. En el fondo de aquel espíritu juvenil, que estaba todavía en el período de los versos, se despertaba ya un razonador y un crítico.

Al fin terminó el año escolar. Zola no obtuvo

más que el segundo premio de narración francesa. Para animarle al trabajo, su madre, siempre complaciente, quiso hacerle pasar buenas vacaciones. En lugar de dejar que se aburra en París, lejos de sus amigos Baille y Cézanne, irá á vivir algunas semanas á su lado, en su amada Provenza. Disfrutó, pues, hermosas vacaciones en el Mediodía, dos meses de libertad con los antiguos camaradas. Renováronse las antiguas excursiones. Volviéronse á bañar en el Arc y á subir á la colina Santa Victoria y al Pilon del Rey. Comenzaron otra vez las grandes cazas *pour rire*, en las cuales concluían por descargar el fusil sobre un guijarro tirado al aire. Y las lecturas en común, las grandes discusiones literarias y estéticas, las confidencias y la comunicación de las primeras producciones literarias se reanudaron de nuevo. Esta vez Emilio tenía que contar á sus amigos sueños más atrevidos, planes de grandes poemas, un conjunto todavía confuso de cosas que pensaba realizar.

Después de aquellas vacaciones deliciosas volvió á París en los primeros días de Octubre. Pero como si París decididamente estuviese contra él, apenas llegó cayó gravemente enfermo. Una fiebre mucosa, muy violenta, estuvo á punto de acabar con él, y fué seguida de una larga convalecencia. Dos meses de retraso para ingresar en el liceo: esto contribuyó á que tampoco fuesen muy brillantes sus estudios de retórica.

Sucedió entonces lo que en el año precedente: el mismo suspirar por la Provenza, el mismo disgusto inspirado por el trabajo universitario, las

mismas lecturas independientes. Continuaban las largas cartas á los camaradas del Mediodía, y una sombría timidez lo alejaba de toda nueva amistad. En discurso francés, sin embargo, demostraba la misma superioridad que el año anterior en narración francesa. No menos perspicaz que M. Lavasseur, el profesor de retórica, M. Etienne, habiase fijado en los discursos franceses del alumno Zola. Calificólos, sin embargo, con razón, de «demasiado románticos.» Lector muy agradable, gustaba leerlos él mismo á su numerosa clase, y les hacía producir un gran efecto.

Al fin llegamos á Agosto de 1859. Terminada la retórica, ¿qué va á hacer nuestro alumno? Muy atrasado por su edad—diecinueve años cumplidos,—sin un céntimo de fortuna, deseoso de labrarse una posición y de sostener á su madre, preceinde de la «filosofía» y se decide á afrontar inmediatamente el examen de bachillerato de ciencias.

¡El bachillerato! ¡Qué desdén por esta palabra desde aquel tiempo, por los diplomas en general y por todas las distinciones universitarias, académicas y sociales! Se descubre ya en Zola un revolucionario instintivo, que penetra en el fondo de las cosas, dispuesto á inclinarse solamente delante del talento original. Pero al mismo tiempo, gracias á un feliz equilibrio, al lado del revolucionario hay en él un hombre razonable, resignado, capaz de todas las flexibilidades. Yo me imagino verlo, en este caso particular del bachillerato, llegar por la mañana á la Sorbonne para sufrir el examen por escrito: en el fondo muy tranquilo,

indiferente, aceptando cualquier resultado, pero en la superficie un poco emocionado y tembloroso, con el remordimiento de no haber hecho nada en dieciocho meses, comprendiendo que está mal preparado, temiendo, en fin, un fracaso probable, casi cierto, que afligirá á su madre.

*L'artiste vit tout haut. Une oeuvre
d'art, roman, drame, tableau, statue, est
un coin de la nature vu à travers un
tempérament*

Emile Zola

AUTÓGRAFO DE ZOLA

¿Qué sucede entonces? Lo que sucede nueve veces cada diez en materia de exámenes y de concurso público: lo imprevisto, lo lógico y lo grotesco. Reconstituid la pequeña tragi-comedia siguiente:

La noche del día de los exámenes por escrito el candidato bachiller se acuesta con la convicción de haber hecho una versión muy mediana y de no

haber encontrado la verdadera solución de sus problemas. Al día siguiente por la mañana, al despertarse, se siente lleno de temor. ¿Por qué no se ha de quedar en la cama bien caliente en lugar de arriesgarse á hacer un camino inútil? Se decide, sin embargo, á levantarse, va á la Sorbonne, consulta la lista de los candidatos aprobados, y, ¡cuál no es su asombro al verse el segundo en la lista! Ya no le queda, pues, más que sufrir el examen oral, una bagatela. Llega su vez. Primero, la parte científica: ¡admirable! Física y química, historia natural: ¡Muy bien! Matemáticas puras, álgebra y trigonometría: ¡bien! ¡Bolas blancas sobre bolas blancas! Ya el éxito del examen está fuera de duda. Zola hace un guiño á un camarada, que se levanta, abandona la sala de examen y corre á anunciar el triunfo á la madre. Al fin llega delante del último profesor, encargado de interrogarle sobre lenguas vivas y sobre literatura.

—Comencemos por un poco de historia...—dijo el examinador.—Sírvese usted decirme la fecha de la muerte de Carlomagno.

Zola, visiblemente turbado, vacila, y concluye por balbucear una fecha. No se equivocó más que en quinientos años. Hacía morir á Carlomagno bajo el reinado de Francisco I.

—Pasemos á la literatura—dijo secamente el profesor.

Y le pregunta la explicación de una fábula de La Fontaine.

Aquel profesor y Zola no pensaban sin duda lo mismo e literatura, pues el primero abría los ojos cada vez más irritados, á medida que el otro

explicaba á La Fontaine como él lo entendía, seguramente de un modo muy romántico.

—Pasemos al alemán—dijo todavía con más sequedad.

Aquí, el candidato, de una completa ignorancia en lenguas vivas, no puede siquiera leer el texto alemán. Entonces el profesor encoge los hombros:

—¡Basta!

El examen oral ha terminado, é inclinados al oído los unos de los otros, aquellos señores deliberan. La deliberación es larga. Los profesores de ciencias, todavía maravillados de la lucidez de espíritu, de la claridad de deducción del candidato, interceden por él y ruegan á su colega que no mantenga la nota de suspenso. Pero sus esfuerzos fueron inútiles; el profesor de literatura mantuvo la nota. ¡Es lástima que yo no tenga tiempo hoy de ir á hojear en el fondo de los archivos universitarios! Hubiera querido entregar al público el nombre del héroe que suspendió en el bachillerato al autor de los *Rougon-Macquart* por haberlo encontrado «nulo» en literatura.

Este fracaso no impidió á Zola el ir como el año anterior á pasar buenas vacaciones en el Mediodía. Ocho días después, vestido con una blusa, con gruesos zapatos y el zurrón á la espalda, corría de nuevo por las colinas con Baille y Cézanne, á ochocientos kilómetros de París y á mil leguas de la universidad. Sin embargo, pasadas las vacaciones, tuvo la idea de hacer un nuevo esfuerzo y de proporcionarse en Provenza aquel malhadado pedazo de pergamino que no había podido com-

quitar en París. Prolongó, pues, su estancia algunas semanas, trabajó, y en el mes de Noviembre volvió á presentarse á exámenes en Marsella. Esta vez, él, que en París, donde las clases son más severas, había obtenido el segundo lugar, no pasó siquiera de la primera prueba. Decididamente, era una fatalidad: no sería nunca bachiller. A su regreso á París no volvió al liceo. Estamos en 1859. Zola tenía veinte años menos cuatro meses. Y sin haber pasado como los otros por la puerta ancha que, según dicen, conduce á todo, se encontraba ahora delante de la vida, en frente de las terribles realidades.

IV

Los primeros pasos en la vida

Sin fortuna, habiendo perdido la quimérica esperanza de sacar por medio de los pleitos una fortuna de la obra de su padre, obligado á ganarse inmediatamente el pan, ¿qué iba á hacer Emilio Zola?

Este fué el problema que se le presentó en seguida.

Las primeras semanas, después de la salida del colegio, están llenas de encanto para los hijos

de las familias ricas, sin más preocupación que la de elegir carrera.—«¡Oh! ¡no tenemos prisa! ¡Nos sobra tiempo para pensar en cosas serias! Ahora divirtámonos. Bastante han trabajado nuestros padres, y ahí está nuestra familia para mantenernos en la alegría y la pureza.»—Zola no podía decir más que esto: «¿Cómo voy á comer mañana?»

¡Comer, pagar la casa y vestirse! ¡Si siquiera supiese un oficio manual! Sus apuros y su desaliento fueron tales, que estuvo á punto de entrar en una imprenta para aprender el oficio de tipógrafo.

Algunas semanas después, á principios de 1860, el mismo M. Labot, que le había hecho obtener una beca en el liceo, le proporcionó una colocación. ¡Pero qué colocación! Sesenta francos por mes, en un empleo infimo, en los Doks, calle de la Aduana. Ni siquiera para vivir y sin esperanza de aumento. Zola, desalentado, abandonó los Doks al cabo de dos meses.

Y todo el resto del año 1860, todo el año 1861 y los tres primeros meses de 1862, los pasó abandonado en el arroyo de París, sin posición, sin recursos, sin hacer nada, sin tener delante ningún porvenir. Dos años enteros de bohemia. Una vida de miseria, de préstamos solicitados con el rubor en la frente, de deudas contraídas por la fuerza de la necesidad. Una vida de azar, de empeños en el Monte de Piedad y de muebles entregados para satisfacer las deudas. En fin, uno de esos períodos sombríos que no pueden recordar sin estremecerse los que los han atravesado.